



05

Artigo recebido em: 31/07/2017
Artigo aprovado em: 24/09/2017
DOI 10.5380/2238-0701.2017n14p123-140

Livro. Consumo cultural. Valor simbólico.





De papel y tinta: estudio del libro desde el consumo cultural

De papel e tinta: estudo do livro desde o consumo cultural

*Of paper and ink: study of the book from
the cultural consumption*

VANINA BELÉN CANAVIRE*

Resumen: A partir de la idea de que el libro es un producto industrial y también un objeto cultural, en este artículo concebimos posible su estudio desde la línea teórica del “consumo cultural”. El libro, desde su producción misma, se inserta en una red de prácticas culturales y sociales que le dan sentido, por lo que aquí presentamos y analizamos tres ejes temáticos en los que la dimensión simbólica se destaca por sobre el valor de uso del objeto. Nos referimos, de este modo, a las condiciones materiales del libro (la relación entre el cuerpo del lector y el cuerpo del libro); los hábitos de compra, posesión y exposición del impreso; y los tiempos y espacios dedicados a la lectura. Proponemos la consideración de estas variables como pautas para el desarrollo de estudios que pretendan comprender las distintas modalidades de consumo del libro, atendiendo a la construcción situacional de los hábitos lectores.

* Doctora en Estudios Sociales de América Latina por la Universidad Nacional de Córdoba. Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Nacional de Jujuy. Investigadora de CONICET en la Unidad Ejecutora en Ciencias Sociales Regionales, Jujuy, Argentina. E-mail: belencanavire@hotmail.com

Palabras clave: Libro; Hábitos lectores; Consumo cultural; Valor simbólico.

Resumo: *A partir da idéia de que o livro é um produto industrial e também um objeto cultural, neste artigo vamos conceber possível estudo a partir da linha teórica do “consumo cultural”. O livro, desde a produção em si, é inserido em uma rede de práticas culturais e sociais que dão significado, então aqui apresentamos e analisamos três áreas temáticas em que a dimensão simbólica destaca-se acima do valor de uso do objeto. Referimo-nos, desta forma, as condições físicas do livro (a relação entre o corpo leitor eo corpo do livro); hábitos de compra, posse e apresentação do impresso; e tempos e espaços dedicados à leitura. Propomos consideração dessas variáveis como diretrizes para o desenvolvimento de estudos que buscam compreender os diferentes padrões de consumo do livro, baseado na construção situacional dos hábitos de leitura.*

Palavras-chave: Livro; Hábitos de leitura; Consumo cultural; Valor simbólico.

Abstract: *Based on the idea that the book is an industrial product and also a cultural object, in this article we conceive its possible to study from the theoretical line of “cultural consumption”. The book, from its production, is inserted in a network of cultural and social practices that give it meaning, so here we present and analyze three thematic axes in which the symbolic dimension stands out over the use value of the object. We refer, in this way, to the material conditions of the book (the relationship between the body of the reader and the body of the book); the habits of purchase, possession and exhibition of the book; and the times and spaces dedicated to reading. We propose the consideration of these variables as guidelines for the development of studies that pretend to understand the different modalities of consumption of the book, attending to the situational construction of the reading habits.*

Key words: Book; Reading habits; Cultural consumption; Symbolic value.

Introducción

Entendiendo al consumo como “el conjunto de procesos socioculturales en que se realizan la apropiación y los usos de los productos” (GARCÍA CANCLINI, 2006, p. 34), en este artículo proponemos y analizamos tres ejes temáticos que consideramos fundamentales para el desarrollo de estudios sobre el consumo de libros. De este modo, nos ocupamos, particularmente, de las características materiales con que llega lo escrito a las manos del público, la posesión y exposición del libro, y las condiciones espacio-temporales de la lectura.

La situación actual del libro está marcada por cambios. Unos son tecnológicos, más visibles, y otros se derivan a su vez de diversos cambios de hábitos: sociales, de consumo, culturales. Las modas, en temática sobre todo, pero también en tratamiento y formatos, marcan con sus importantes ventas y abrumadora presencia el territorio del libro. Se vende mucho de cada vez menos títulos, y por supuesto, se venden novedades. Han cambiado los gustos y criterios de los lectores, y se ha producido una diversificación del modo de leer: ha cambiado el lugar que ocupan los libros en la vida cotidiana de la gente.

El libro no es sólo un producto industrial que moviliza una cadena de eslabones y protagonistas, sino que también es un *objeto cultural*, en tanto resultado de una producción cultural particular (la construcción de sentido por parte del autor) que a su vez genera prácticas culturales (las lecturas y los usos del libro por parte de los lectores).

Ahora bien, el modo de acceso predominante al libro es la *compra*, una práctica de consumo. En este punto, coincidimos con García Canclini (2006), cuando advierte que si se comete el error de asociar lisa y llanamente la compra con la comercialización de bienes en la sociedad de consumo, se puede caer en la confusión entre dos procesos disímiles: “consumo” y “consumismo”¹. Esto puede obstruir el tratamiento de un espacio indispensable en la construcción social del sentido, el “consumo cultural”, entendido como el “conjunto de procesos de apropiación y usos de productos en los que el valor simbólico prevalece sobre los valores de uso y cambio o donde al menos estos últimos se configuran subordinados a la dimensión simbólica” (GARCÍA CANCLINI, 2006, p. 42).

¹ Bauman (2007) plantea que hacia el siglo XIX, el consumismo tenía como objetivo satisfacer las necesidades, mientras que más adelante es el deseo el que guía la actividad de compra, y hoy es reemplazado por el anhelo, estimulante versátil que mantiene la demanda del consumidor en el mismo nivel de la oferta.

Asimismo, en el contexto actual, es habitual que se subraye la tendencia a la normalización del consumo, sin embargo, no habría que identificar demasiado rápidamente consumo con homogeneización. A propósito de esto, ya a finales de la década del '80, Martín Barbero (1993) advertía que el consumo no era sólo reproducción de fuerzas, sino también “producción de sentidos”. En este orden de ideas, pero a propósito del contexto cultural contemporáneo, García Canclini entiende al consumo como una oportunidad de formación: “somos individuos híbridos que aprovechamos varios repertorios (culturales) para enriquecernos, formarnos y participar en escenarios distintos no siempre compatibles” (2007a, p. 58).

La materialidad del libro

A propósito de la materialidad del libro, Roger Chartier sostiene que el significado de todo texto está inextricablemente unido a sus manifestaciones materiales: “no hay texto aparte del soporte físico que nos lo ofrece para leer y, por ende, no hay comprensión de ninguna pieza escrita que no dependa al menos en parte de la forma en la que llega al lector” (2005, p. 29). De este modo, el autor distingue dos tipos de dispositivos: los que derivan de su puesta en texto, de las estrategias de escritura y de las intenciones del “autor”; y los que resultan de la puesta en libro o en impreso, producto de la decisión editorial. En vista de ello, cuestiona los enfoques clásicos (que piensan al texto despojado de sus formas tipográficas) y la teoría de la recepción (que plantea una relación inmediata entre las “señales textuales” y las “expectativas del lector”), señalando que ambas corrientes descuidan el espacio en que se construye el *sentido*. Restituirlo, según el historiador, “exige considerar las relaciones anudadas entre tres polos: el texto, el objeto que lo porta y la práctica que se apodera de él” (CHARTIER, 1994, p. 47).

Así también, Littau (2008) sugiere que reflexionar sobre los factores que afectan el contenido de la lectura requiere tener en cuenta la “forma total del libro”: la tipografía, la edición, o si se trata de un artefacto manuscrito, un ejemplar impreso o una versión electrónica. De esta manera, alude a dos tradiciones distintas que se ocupan de las condiciones materiales de la lectura.

La tesis de que la materialidad del libro afecta el contenido de la lectura es el fundamento de la “crítica textual”, disciplina que se ocupa de cómo

influye la forma física de un texto (diseño de las páginas, tipografía, diseño del libro y puntuación) sobre su significado y sobre la manera en que puede ser interpretado [...]. La materialidad del libro afecta las maneras de leerlo, es la conclusión proveniente de la “historia del libro”, disciplina que investiga su evolución y analiza cómo sus distintas formas físicas -manuscrito, impreso, versión electrónica- influyeron sobre nuestra experiencia de la lectura y alteraron nuestros hábitos de lectura a lo largo del tiempo (LITTAU, 2008, p. 51).

Ambas perspectivas contemplan al texto y al lector en sus circunstancias materiales y contingencias históricas, dando prioridad a la *materialidad* de la lectura. Por consiguiente, los críticos textuales y quienes hacen historia del libro ofrecen una alternativa a la propuesta de los teóricos-literarios que excluyen de sus análisis el cuerpo del lector y el cuerpo textual.

Pues bien, para adentrarnos en el consumo de libros e interpretar las complejas relaciones que se tejen entre texto y lector, es necesario, en principio, indagar en las distintas definiciones que las personas elaboran sobre el libro².

Así, habrá lectores que privilegien la dimensión material para definir al objeto libro. Por ejemplo, Carlos³ señala: “para mí, el libro es algo que está encerrado entre dos tapas, tiene hojas numeradas y no lo consigo en un kiosco porque no sale todas las semanas. Tiene un ISBN y derechos de autor. Es un formato que trae auto-contenido, es decir, lo que trata empieza y termina ahí”.

Por otro lado, Raúl⁴ indica: “libro es todo proyecto editorial que tenga un trabajo complejo, con la estructura de introducción, índice y capítulos. No es un libro cualquier publicación corta, tiene que tener un cierto volumen porque sino son folletos o papers”.

Vemos entonces que los lectores adscriben a una definición que puede considerarse característica de la *cultura del libro*. El libro, en su sentido tradicional, es un objeto material hecho de papel y tinta, compuesto de hojas y páginas (numeradas) reunidas dentro de una misma encuadernación: un conjunto de textos cosidos. Asimismo, el libro se diferencia de otras publicaciones impresas, por su estructura (secuencia de segmentos preestablecidos que ordenan el texto), cantidad de pági-

² Las declaraciones de los lectores que presentamos en este artículo, son extractos de entrevistas en profundidad que formaron parte de un estudio mayor (CANAVIRE, 2015). En tal ocasión, la muestra estuvo compuesta por treinta y cinco lectores asiduos de libros de autoayuda.

³ Arquitecto, 36 años.

⁴ Antropólogo, 40 años.

nas, y periodicidad de publicación (diferente de una revista o diario). Así entendido, el libro se considera el resultado de un proceso completo de edición-publicación-circulación (en el que intervienen autores, editores, correctores, etc.).

A su vez, la idea del libro como un conjunto de hojas de papel impreso, implica la percepción de la totalidad textual contenida en el objeto escrito (entre las dos tapas). Esta condición, sin dudas, se ve trastocada en la nueva era de la segmentación, donde los textos son móviles, maleables y abiertos.

Sin embargo, algunos lectores se muestran reacios a la incorporación de las nuevas tecnologías, como soportes alternativos al libro en papel. Como lo destaca Lilian⁵: “la definición de libro va cambiando... igual yo me quedo con lo viejo, a mí me gusta el papel, están los *iPads*, los *e-books* pero no tengo la experiencia de haber leído ahí”.

La lectura horizontal, hipertextual y fragmentada, que promueve el libro electrónico, es distinta, desde luego, a la inmersión y diálogo que el lector establece con una obra unitaria, dotada del sentido que ha querido darle su autor. Por ello, y teniendo en cuenta que el soporte material de la lectura influye en la modalidad de lectura, el lugar elegido para leer y el volumen de las lecturas, habrá quienes prefieran hojear páginas de papel antes que leer sobre una pantalla iluminada.

El libro como puente de comunicación

Martín Barbero (1993) propone estudiar a la comunicación desde las mediaciones -más que desde los medios-, como una cuestión de cultura y re-conocimiento. El investigador plantea un desplazamiento metodológico para re-ver el proceso entero de la comunicación desde su otro lado, la apropiación desde los usos, y advierte que tener en cuenta “la dialéctica entre escritura y lectura” puede permitir entender cómo el mundo del lector se incorpora al proceso de escritura y la penetra dejando sus huellas en el texto (MARTÍN BARBERO, 1993, p. 143-144).

Por su parte, Petit (1999) entiende a la lectura como una vía privilegiada para apropiarse de la lengua; acceder al saber, a los conocimientos formalizados; y también es un camino oportuno para construirse uno mismo.

Por último, dice Borges, “un libro es más que una serie de estructuras verbales, es el diálogo que entabla con su lector y la entonación que impo-

⁵ Secretaria de consultorio médico, 52 años.

ne a su voz y las cambiantes y durables imágenes que dejan en su memoria [...]. El libro no es un ente incomunicado: es una relación, es un eje de innumerables relaciones” (citado en CHARTIER, 2009, p. 172).

Subyace en estas propuestas, la idea de la lectura como *movimiento*, como *relación dialéctica*, como *feedback*, como proceso que media entre lector y texto. En este sentido, el libro trasciende sus posibles encarnaciones materiales y la lectura emerge como una instancia de mediación: importa el encuentro con la palabra escrita, el diálogo (infinito) entre el texto y sus lectores.

La idea del libro como soporte que propicia el contacto entre lector y texto, no es extraña en las declaraciones de los lectores.

De allí que, Patricia⁶ indica: “un libro es un conjunto de páginas que tiene un material informativo, que puede ser sobre educación, cocina o religión”. Y Omar⁷ advierte: “un libro básicamente es un material que ofrece puntos de vista, investigaciones, o narraciones, que pueden (o no) interesarme o gustarme”.

De este modo, el libro -según su contenido temático- puede cumplir dos funciones: informar o deleitar (o ambas). En efecto, cuando se considera que el libro aporta información, prevalece su carácter instrumental o *valor de uso*: se representa fundamentalmente como una herramienta de conocimiento. Mientras que, cuando se privilegian los sentimientos o sensaciones que moviliza el libro, predomina el *valor personal* que se le asigna: se representa más bien como un “objeto expresivo” (ofrecido a nuestra propia expresión).

Tomamos por último, la opinión de Pablo⁸: “creo que un libro son las ganas de una persona de divulgar una idea, no importa si es autoayuda, física cuántica, o metafísica... es la necesidad de compartirlo, y por eso lo transforma en esto de lo escrito”.

Como sabemos, el libro es una puerta que se abre hacia un solo lado (para el autor ya está cerrada justo cuando se abre para el lector), sin embargo, hay quienes rescatan la dimensión *dialéctica* de la lectura. El libro se concibe, de esta manera, como el deseo materializado de alguien que comunica un mensaje a un *otro* que lo lee: la lectura es el *punte* que vincula a escritor y lector. En vista de ello, el libro se representa, principalmente, como un medio de comunicación (en el sentido básico del concepto), un medio para “participar en común”, “poner en relación”.

⁶ Ama de casa, 50 años.

⁷ Comerciante, 36 años.

⁸ Decorador de interiores, 35 años.

Leer, un espacio de mixturas

Las características materiales con que lo escrito llega a las manos del lector son un factor relevante en la relación con la palabra escrita. En este sentido, el libro se representa como un conjunto de textos cosidos entre dos tapas (con identidad propia), con una estructura, volumen y periodicidad de publicación característicos.

Ahora, si tenemos en cuenta que la materialidad del libro afecta la realidad física de la lectura, en la actualidad -donde coexisten medios de comunicación impresos y digitales- lo que se considere como libro va determinar *qué es leer*. La lectura virtual, se define por la búsqueda de informaciones breves, ofrecidas en fuentes diversas, vinculadas por una relación o hilo conductor que establece el propio lector. En efecto, la percepción de la identidad y la coherencia de la totalidad textual de una obra (que caracteriza a la lectura desde la invención de la imprenta) se ve modificada por la lectura discontinua que proporciona la textualidad electrónica.

Así también, el libro puede ser definido en virtud de su función principal: propiciar el contacto entre lector y texto. En este sentido, la lectura es más que una instancia de “mediación”, es diálogo, relación dialéctica, comunicación. Pues bien, esta idea del libro como “eje de innumerables relaciones” pone en juego los distintos usos que se hacen de él.

Por lo tanto, creemos que cuestiones tales como, la relación entre el cuerpo del texto y cuerpo del lector, el papel constituyente de la lectura como mediación, y la singularidad de los hábitos lectores, configuran un prólogo indispensable para quien desee adentrarse en el mundo del consumo de libros.

Sostener el libro entre las manos

La compra pertenece a los hábitos de consumo, entendiendo por consumo “al conjunto de procesos socioculturales en que se realizan la apropiación y los usos de los productos” (GARCÍA CANCLINI, 2006, p. 34).

La compra expresa cierta inquietud por la apropiación física del libro, y concreta la relación materializada con este objeto: la posesión y la proximidad con el libro.

Estos aspectos se revelan en palabras de Cecilia⁹: “a otro tipo de

⁹ Diseñadora gráfica, 40 años.

libros los dejen en la biblioteca o se los presto a alguien, en cambio, al *Camino de las lágrimas* lo tengo en mi mesa de luz y dije: si alguien lo necesita se lo compro y se lo regalo. No puedo no tenerlo, porque en medio de este proceso de duelo necesito recurrir al capítulo donde trata lo que me angustia”. Mientras que, Eugenia¹⁰ sostiene: “me gusta comprármelos porque los marco, los subrayo, y cuando necesito algo, voy saco el libro y lo releo. Estos libros son ricos en todo... para mí son un tesoro”.

Vemos así de qué modo la posesión del libro se vincula al *valor de uso* y al *valor simbólico*. Por un lado, el valor de uso se manifiesta cuando el libro se emplea como una herramienta de consulta frecuente: frente a los asaltos emocionales se hace imprescindible “tenerlo a mano”. Por otro, el lector deja huellas en las páginas de papel, marca y escribe el texto, dando cuenta del *valor simbólico* del libro, en el sentido de que éste no sólo representa un espacio propio frente a las demandas externas, sino también un espacio que brinda respuestas a los problemas cotidianos. Así pues, la caracterización, por parte de los lectores del libro como objeto valioso, revela el estrecho lazo que vincula la lectura y la vida.

La compra del libro consiste en conservarlo y, en algunos casos, ordenarlo con los otros en la biblioteca personal y exponerlo. La compra refuerza la personalización del libro, que figura en el acervo de ejemplares dispuestos como testimonio de una parte de la vida.

En este orden de ideas, Dante¹¹ comenta: “los libros están en la biblioteca del estudio contable, o en la de mi casa. Necesito tenerlos a mano porque por ahí releo algunas cosas para elaborar mis cursos sobre trabajo en equipo y liderazgo personal. A veces, alguien los saca y los hojea”.

De esta manera, es posible hallar ejemplares de autoayuda distribuidos en los distintos espacios cotidianos del lector (ya se trate de la esfera doméstica o el ámbito laboral), en tanto, los libros pueden representar una fuente de información habitual. Entonces, la proximidad física con los libros, responde básicamente a la utilidad de la lectura. A su vez, la disposición de los libros en los anaqueles de la casa propia, o en los de una oficina o consultorio, puede despertar el interés de otras personas en ese material específico, dando lugar a distintas formas de interacción.

Por lo general, la exposición de los libros en las bibliotecas personales da lugar a diversas instancias de socialización. Esto se manifiesta en las declaraciones de algunos lectores.

¹⁰ Empleada estatal, 38 años.

¹¹ Contador, 48 años.

En su caso, Marcela¹² enuncia: “no tengo problema en que la gente vea estos libros en casa, los tengo en la biblioteca. Si a mí me ayudó, fomento la lectura del libro... más allá de que la otra persona no crea en la autoayuda”. Por su parte, Diego subraya: “estos libros están en un estante aparte, no por vergüenza sino por falta de espacio. No tengo problemas en exhibirlos, está bueno... porque volvés a tocar ciertos temas y por ahí aprendés de la gente que leyó otro libro”.

La exposición de los libros promueve intercambios de distinto tipo. Por un lado, cuando los libros testimonian una parte de la vida del lector (la lectura puede haber tenido un papel fundamental durante episodios críticos), no es extraño que éstos se recomienden a personas allegadas. Por otro, exhibir los libros brinda la posibilidad de compartir conocimientos: los lectores pueden entretener experiencias personales con la renarración de los mensajes apropiados del libro. En este sentido, el gesto de exhibir el libro, más que indicar la posesión de un objeto, señala una práctica simbólica: la posesión de un conocimiento, de un saber letrado.

Por último, puede darse el caso de personas que tengan acceso restringido a los libros. Esta situación puede responder a motivos estructurales (cuando son objetos raros en el hogar debido a la pobreza material) o ideológicos (cuando se teme el poder que el saber da al lector). Entonces, cuando es posible superar estas circunstancias restrictivas, la posesión de un libro se tornará en una ocasión de alegría y satisfacción, cargando de valor material y simbólico al libro.

Según hemos visto, la posesión y exposición de los libros, más que relacionarse a un gesto individualista del lector, habla de la dimensión social inscrita en la lectura. Cuando los libros están a la vista de otros, de algún modo, se comparte lo que se lee. Esto puede provocar vínculos desconocidos e interacciones novedosas, y por tanto, representa una oportunidad de aprendizaje, de conocer *otras* lecturas, de acercarse a miradas que difieren de la propia.

Observamos también que el consumo va más allá de la capacidad de compra del individuo: se consume lo que el libro provee. Por lo tanto, el consumo va más allá del objeto libro y su costo económico: el lector necesita (o cree necesitar) *lo que dice* el libro. En este sentido, el consumo, no sólo señala la tendencia a identificarse con las posesiones, sino que también puede vincularse a la noción de “identidad”: yo soy lo que necesito consumir.

¹² Comerciante, 40 años.

De esta manera, el consumo, como bien señala Mata (1997), se revela como una “actitud” (de los sujetos que acuerdan apropiarse *de* y utilizar medios y productos), un “espacio de negociación” (entre los intereses y motivaciones de productores y consumidores), y una “práctica significativa” (en tanto implica un modo de actuar y reconocerse de los consumidores).

Escenarios y tiempos de lectura

¿A cada libro le corresponde cierto lugar de lectura? Responder a este interrogante, nos lleva a recorrer distintas escenas de lectura que nos ofrecen la literatura y la historia.

Es en el ámbito literario, por excelencia, donde hallamos múltiples representaciones del *arte de leer*. Estas escenas de lectura describen a lectores imaginarios leyendo en contextos precisos: los nombran, los individualizan. Así, en su hacienda, el hidalgo Don Quijote tiene afición por los libros de caballería; el náufrago Robinson Crusoe lee la Biblia en una isla; Madame Bovary se entrega a las novelas en su dormitorio con una pantalla de quinqué sobre su cabeza y Anna Karenina hace lo mismo en un tren bajo la luz de una linterna.

Desde luego, la historia también da cuenta de la complejidad del lector, cuyos gestos y espacios de lectura pueden rastrearse en representaciones literarias, pictóricas, o autobiográficas.

El “orden tradicional de la lectura”, según explican Cavallo y Chartier (2011), consistía no sólo en un repertorio único y jerarquizado de textos legibles sino también en determinadas liturgias del comportamiento de los lectores y del uso de los libros, que necesitaban ambientes convenientemente preparados e instrumentos especiales.

Así pues, en la Europa del siglo XVIII se daba por sentado que los libros se leían en interiores. El mobiliario de la época ofrecía los soportes adecuados a la lectura de intimidad. La “poltrona”, dotada de brazos y provista de cojines, era un asiento en que el lector podía instalarse cómodamente y abandonarse al placer del libro. Otros muebles implicaban una lectura menos relajada, como las mesas de pupitre móvil donde podían ponerse tanto el libro como la hoja de escritura. En el transcurso del siglo se inició una reacción contra ese mobiliario, y se trató de imponer muebles destinados a la lectura como un trabajo más que como un abandono (CHARTIER, 1993, p. 105).

Más adelante, en la Inglaterra del siglo XIX, los editores publicaban libros pensados para ser leídos al aire libre, libros hechos específicamente para los viajes. La nueva burguesía ociosa y la expansión de los ferrocarriles se combinaron para crear un furor por los viajes largos, y los viajeros descubrieron la necesidad de material de lectura con un contenido y tamaño muy precisos (MANGUEL, 1998, p. 171).

Así también, las prácticas de lectura en Latinoamérica fueron objeto de estudio en distintas investigaciones.

Por su parte, en un trabajo que gira en torno a las novelas publicadas por entregas en la prensa colombiana de mediados del siglo XIX, Acosta Peñalosa (2009) indaga en los diversos componentes que se articulaban en las prácticas concretas de lectura. De este modo, distingue lecturas que contribuían a “diferenciar” o “integrar” los diversos espacios de la ciudad, lo público y lo privado: espacios de lectura en la cotidianidad de la familia, en las tertulias, en librerías e imprentas, en los colegios, y en las bibliotecas. Estos espacios propiciaron determinados gestos y hábitos de lectura en la vida individual y colectiva: la “lectura en la intimidad”, en la soledad, el retiro, el secreto; y las “lecturas colectivas” hechas o compartidas en público, en las que se usaba la lectura como cimiento y expresión del vínculo social.

A partir del análisis de fotografías y pinturas aparecidas en revistas venezolanas, Silva Beauregard (2007) presenta un logrado trabajo sobre las representaciones de la lectura y las lectoras a finales del siglo XIX y principios del XX. Las lectoras eran fotografiadas o pintadas en sus habitaciones privadas (sentadas, apoyando el libro sobre un escritorio, bajo la luz de una lámpara), o bien, en ambientes campestres (en jardines, bajo árboles). A pesar de que la tendencia a la pose y el exhibicionismo eran característicos de la época, estas imágenes en cierto modo guardaban relación con la realidad. En un contexto de entre-siglo de democratización de la lectura, estas “escenas” junto a las leyendas que las comentaban, expresaban temores o deseos frente a los nuevos intercambios de los escritos, a la presencia de una oferta cada vez más amplia, y a la circulación de nuevos formatos.

Ciertamente, estas figuraciones dan cuenta de lectores *en plural*, sin embargo, afinando la mirada, la historia también da testimonio de lectores particulares, lectores *aficionados* que nos hablan acerca de sus espacios de lectura.

De este modo, algunos preferían la intimidad, como “Colette” quien

solía buscar espacios solitarios para la lectura: su cuarto, su cama, por la noche. Otros disfrutaban de la lectura en espacios públicos, como el novelista inglés Alan Sillitoe quien consideraba que la mejor ocasión para leer un buen relato era un viaje solitario en tren, rodeado de desconocidos y con un paisaje no familiar al otro lado de la ventanilla.

La lectura en situaciones hostiles se encarna en dos figuras emblemáticas. En prisión, Gramsci lee todo el tiempo, lee lo que puede, lee lo que logra filtrarse en las cárceles de Mussolini; y desde ese lugar sedentario, inmóvil, encerrado, construye la noción de “hegemonía”, de “bloque histórico”, de “cultura nacional-popular”. Treinta años después, Ernesto “Che” Guevara lee subido a un árbol, en medio de la desolación y la guerrilla en la selva boliviana.

En el contexto contemporáneo, el orden imperante al que aludimos más arriba, que dictaba algunas reglas sobre los modos en que debía realizarse la operación de lectura y los comportamientos de los lectores, se ha visto modificado. Esta cuestión se revela, por ejemplo, en la actividad de los “nuevos lectores” (jóvenes menores de veinte años), quienes utilizan de manera poco común o imprevista los soportes habituales de la lectura: la mesa, el asiento y el escritorio. Ellos raramente apoyan el libro en la mesa, sino que tienden a usar estos soportes como apoyo para el cuerpo, las piernas y los brazos, generando múltiples situaciones físicas de lectura.

Así también, en referencia al “cuerpo del lector”, García Canclini (2007b) señala que la imagen sedentaria del lector sentado leyendo un libro en un sillón o ante una mesa donde también puede escribir, se derrumba cuando la lectura y el espectáculo se combinan en el “internauta” (que mira, lee y contesta correos sentado frente al ordenador).

Y no sólo esto. La tradicional “lectura en voz alta”, que había quedado rezagada ante el predominio de la “lectura silenciosa”, reaparece bajo diferentes modalidades. Es el caso de los hospitales en Colombia donde los mediadores leen para niños enfermos, o de los centros de lectura en Argentina que albergan a personas en situaciones críticas de pobreza y marginalidad. Allí se comparten lecturas en contextos críticos, y el rol de los facilitadores (bibliotecarios, promotores de lectura, maestros, poetas, psicoanalistas) consiste en crear un espacio para que niños, adolescentes o ancianos puedan expresarse, escuchar y ser escuchados (PETIT, 2009, p. 56).

Creemos, entonces, que indagar en los espacios y tiempos de lec-

tura, permite conocer (y clasificar) a libros y lecturas. De allí podrán surgir lecturas que se alineen en el orden de las prácticas libres, independientes y no reglamentadas o en el orden de las prácticas rígidas y organizadas históricamente contrapuesto.

A modo de conclusión

Si consideramos que desde la simple decisión de producir un texto -escribirlo, diseñarlo, establecer su materialidad- se está moldeando su factibilidad de ser leído, es fundamental el estudio de la dimensión material (lo que no implica una reducción del libro a sus cualidades físicas) como indicio de las modalidades de consumo puestas en juego.

Según hemos visto, la compra de un libro se revela como un hábito de consumo que involucra diferentes aspectos: los motivos de la selección, la presentación formal del impreso, y el valor simbólico del libro. En este sentido, los diversos intereses que intervienen en el consumo del libro, indudablemente, regularán las prácticas lectoras.

Desde el momento inicial en que se sostiene un libro entre las manos, se establece una relación física entre el cuerpo del libro y el del lector. Los textos ponen en contacto contenido, forma y materia, por lo que transmiten significados en múltiples estratos. En efecto, los lectores reaccionan ante los códigos lingüísticos y bibliográficos, al tiempo que estos dispositivos guían y constriñen la operación de producción de sentido. De allí la relevancia que adquiere la consideración de las características materiales con que llega lo escrito a las manos del público.

El impreso se inserta en una red de prácticas culturales y sociales que le dan sentido, entre ellas, destacamos la posesión y exposición del libro. La posesión del libro no implica obligatoriamente su exposición, esto depende más bien de la decisión y circunstancia biográfica de cada lector en particular. Sin embargo, lo que sí se torna ineludible es que el libro, como objeto de consumo, se cargue de un valor de uso y un valor simbólico por parte del lector.

Así también, atendiendo a las circunstancias físicas y a los tiempos en que se desarrolla la práctica lectora, puede tener lugar una lectura íntima -cuando se realiza en un lugar privado, un espacio predilecto es el dormitorio-; o una lectura pública -cuando se lleva a cabo a la vista de otros-. En ocasiones, la práctica de lectura está asimilada con el aislamiento y la soledad, lo que se traduce en una lectura solitaria. No obs-

tante, el gesto de lectura también puede propiciar el intercambio social, ya sea que se recomienden lecturas a personas allegadas al lector, o que se lea en voz alta para otros. De este modo, en el marco de la sociabilidad cotidiana, la lectura que se realiza para uno mismo puede sustraerse de la esfera íntima y devenir en una lectura compartida.

Entonces, si consideramos al libro como un objeto de estudio del “consumo cultural”, los tres ejes temáticos aquí presentados se tornan relevantes, en tanto su análisis permitiría revelar las “dimensiones simbólicas” implicadas en los procesos de apropiación y usos del impreso.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA PEÑALOZA, Carmen. **Lectura y nación: novela por entregas en Colombia, 1840-1880**. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia/Facultad de Ciencias Humanas, 2009.
- BAUMAN, Zygmunt. **Modernidad líquida**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- CANAVIRE, Vanina. **Cuando leer llena el alma. Reflexiones sociológicas sobre lectores y libros de autoayuda**. Jujuy: EDIUNJu, 2015.
- CAVALLO, Guglielmo y CHARTIER, Roger (dir.). **Una historia de la lectura en el mundo occidental**. Buenos Aires: Taurus, 2011.
- CHARTIER, Roger. **Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna**. Madrid: Alianza Editorial, 1993.
- CHARTIER, Roger. **Lecturas y Lectores en la Francia del Antiguo Régimen**. México: Instituto Mora, 1994.
- CHARTIER, Roger. **El orden de los libros**. Barcelona: Gedisa, 2005.
- CHARTIER, Roger. Algunas preguntas fundamentales. En: AA.VV. **Congreso Internacional del Mundo del Libro**. México: FCE, 2009, p. 300-312.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor. El consumo cultural: una propuesta teórica. En: SUNKEL, Guillermo (coord.). **El consumo cultural en América Latina**. Colombia: Convenio Andrés Bello, 2006, p. 26-49.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor. **Imaginario Urbanos**. Buenos Aires: Eudeba, 2007a.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor. **Lectores, espectadores e internautas**. Barcelona: Gedisa, 2007b.

LITTAU, Karin. **Teorías de la lectura**. Buenos Aires: Manantial, 2008.

MANGUEL, Alberto. **Una historia de la lectura**. Madrid: Alianza Editorial, 1998.

MARTÍN BARBERO, Jesús. **De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía**. México: G. Gili, 1993.

MATA, María. **Públicos y Consumos Culturales en Córdoba**. Córdoba: Centro de Estudios Avanzados, 1997.

PETIT, Michéle. **Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura**. México: Fondo de Cultura Económica, 1999.

PETIT, Michéle. **El arte de la lectura en tiempos de crisis**. Barcelona: Océano, 2009.

SILVA BEAUREGARD, Patricia. **Las tramas de los lectores. Estrategias de la modernización cultural en Venezuela (siglo XIX)**. Venezuela: La Fundación para la Cultura Urbana, 2007.